

JAVIER SAGASTIBERRI

**EL ASESINO DE
REINAS**



erein

EL ASESINO DE REINAS

20

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Mayo de 2016

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© Javier Sagastiberri

© EREIN. Donostia 2016

ISBN: 978-84-9109-103-5

D.L.: SS - 516/2016

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JAVIER SAGASTIBERRI

EL ASESINO DE REINAS

erein

PRIMERA ESTACIÓN, HUELVA:
“LA REINA ESLAVA”



¡Qué hijos de puta! El resumen de la suboficial de la Erztaintza Arantza Rentería acerca de la sentencia que absolvía al letrado Nacho González de Chávarri de los cargos de blanqueo de dinero y de participación en organizaciones mafiosas resonó en los pasillos de la Audiencia Provincial de Bizkaia. Muchos se volvieron al oírla y vieron cómo la suboficial, una guapa morena de algo más de treinta años que parecía recién salida de una *herriko taberna*¹, se apresuraba a abandonar el edificio seguida de otra treintañera, de pelo castaño y bastante más alta, aunque quizás no tan guapa.

La suboficial Arantza Rentería acostumbraba a resumir de forma lapidaria los acontecimientos relevantes, en este

¹ Herriko taberna (del euskera, «taberna del pueblo») es el nombre que reciben los bares donde se reúnen los afiliados y simpatizantes de la izquierda abertzale.

caso una sentencia que dejaba en la calle a aquel “miserable pijo bastardo con traje de Armani”. La oficial Itziar Elcoro no podía dejar de estar de acuerdo con su colega, aunque fuese siempre más comedida en sus expresiones; pero, en este caso, no procedía el uso de palabras más finas para reflejar el desánimo que invadió a aquella pareja de ertzainas. Ambas estaban destinadas en la Unidad de Investigación Criminal y habían conseguido establecer una relación entre un grupo de narcos colombianos y aquel abogado de campanillas. Por ello, durante dos largos años habían colaborado hasta el aburrimiento con sus colegas de la Unidad de Delitos Económicos, participando en las diligencias previas 666/2005, para sentar en el banquillo a aquel negurítico² que no se conformaba con el patrimonio heredado sino que pretendía enriquecerse ayudando a las mafias internacionales.

Y ahora “aquellos mamelucos”, expresión que Arantza dedicaba a los magistrados que le habían absuelto, “que no tenían ni puta idea”, habían mirado hacia otro lado y, seducidos por el depurado léxico de aquellos letrados con trajes de corte impecable, habían encontrado una duda razonable con la que se exculpaba de todos los cargos a aquel antiguo alumno de Deusto. Porque, vamos a ver, ¿cómo aquel prohombre bilbaíno podía ser cómplice de aquellas bestias mafiosas?

² Negurítico, del barrio de Neguri en Getxo (Bizkaia), zona residencial de la alta burguesía vizcaína.

Sin ganas de conversación, Arantza e Itziar subieron al Golf negro que la suboficial conducía de forma nerviosa, como lo hacía casi todo en la vida, para remontar la cuesta que terminaba en la sede central de la Ertzaintza, el Quantico vasco, situada en un alto de Erandio.

Tras saludar al guarda de seguridad que vigilaba la entrada, aparcaron con prisa e irrumpieron en las oficinas de la Unidad de Investigación Criminal con ganas de desahogarse con sus compañeros. Se quedaron sorprendidas, pues ninguno de ellos estaba sentado a su mesa. La sala se encontraba totalmente vacía. De improviso, se oyó un grito atronador: ¡Gooooool! ¡Gol, gol, gol! que resonó por toda la oficina, como si el Athletic estuviera jugando en ese momento en el patio de la Central de la Ertzaintza. El grito provenía del despacho del jefe, Xabier Arcelus, y allí fueron las dos mujeres para encontrarse con un espectáculo insólito. En la mesa de reuniones estaba tumbado y se convulsionaba el ertzaina Jon Ander Arrozpide. A su alrededor, una veintena de agentes, casi todos hombres, se abrazaban con entusiasmo y gritaban sin medida.

—¿Qué hostias pasa aquí? —elevó la voz Arantza por encima de los aullidos y de los *irrintzis*³.

—¡Gol de Toquero, gol de Toquero!—le contestaron varios de sus compañeros.

Resultó que Jon Ander, el ertzaina epiléptico, cuyos famosos ataques profético-deportivos le habían convertido en

3 Irrintzi, grito...

un héroe secreto de todos los agentes, había sufrido el trance más prolongado de que se tenía noticia: en aquellos siete largos minutos, entre convulsiones y espuma en la boca, Jon Ander había contemplado estupefacto, como en una visión mística, como si se tratara de una película sin cortes publicitarios, el glorioso destino copero del Athletic para la temporada 2008-2009. Los presentes habían asistido en esos largos y mágicos minutos a la angustia y al miedo de ser eliminados en cualquier momento. Pero, de acuerdo con el vaticinio de Jon Ander eso no iba a suceder. Uno a uno iban cayendo el deportivo de Huelva, el Osasuna y el Sporting, hasta llegar a la semifinal con el Sevilla, tras la cual Bilbao se había anegado de ríos que el vidente no sabía precisar si eran de sangre o de cerveza, pues la película que le era dada a contemplar siempre se le presentaba en un pobre blanco y negro.

Y luego, ese gol de Toquero al Barcelona en la final. ¿Era eso posible? Tras ese gol increíble, Jon Ander había despertado sin presenciar el resto del encuentro, y ahora todos discutían sobre la verdad o no de tales revelaciones.

—¿Cómo va a ser cierto ese gol de Toquero, del paquete ese? Si ni siquiera está jugando en el Athletic—decía Álvaro, fino admirador del juego de Yeste, y que siempre estaba despotricando de las decisiones de Caparrós.

—¿Por qué no? —Le respondían los más toscos, los que gustaban del juego bronco y de la épica del fracaso—. Toquero está cedido al Éibar, pero igual interesa recuperarlo, se deja el alma en los partidos.

–Bueno –decía Xabier–, esta tarde en San Mamés se supone que ganamos dos a cero. Si eso sucede, habrá que empezar a tener fe. ¿O no?

–Además, he comprobado el calendario –decía Gonzalo, de delitos informáticos– y los cruces contemplados por Jon Ander son perfectamente posibles.

–Que sí, joder, que ganamos la Copa.

–¡Campeones, campeones!

Arantza salió de allí cabreada e Itziar la siguió.

–Son como niños, joder, ¿Qué coño les da el Athletic?

Ellas, guipuzcoanas las dos de pura cepa, nunca acabarían de entenderlo, aunque Itziar, siempre más reflexiva, intentaba encontrar alguna explicación a tanto entusiasmo. Había momentos en que parecía que el equipo estaba por delante de hijos y de mujeres, incluso de la propia vida de aquellos vizcaínos. Cuando ganaban dos partidos parecía que seguían al equipo más potente del mundo y Yeste podía rivalizar con Messi o con quien fuera. Pero luego venía una mala racha y aunque se percibía la angustia de todos, la mayoría asumía que el Athletic era un equipo modesto y bastante bien se portaba en una liga plagada de extranjeros. Ese orgullo por las proezas de un equipo formado en exclusiva por “los nuestros”, unido al realismo con que se encajaban las derrotas, tenía descolocada a Itziar. En Donostia la gente también se alegraba y sufría con las peripecias de la Real Sociedad, pero no era ni parecido: nadie se había suicidado por el descenso de la Real a segunda

división. En ello había algo de naturaleza religiosa e Itziar envidiaba a veces ese sentimiento que llenaba de sentido la vida de aquella gente. En cambio Arantza, extremista en su carácter, sólo sabía reírse de ellos o cabrearse cuando aquella afición, incomprensible para ella, se desmadraba en sus manifestaciones.

—Están locos estos vizcaínos —repetía la suboficial— y algo de ello podía pensarse por parte de un espectador desapasionado.

Arantza e Itziar se conocían desde hacía varios años y las dos habían empezado trabajando en comisarías guipuzcoanas. Eran radicalmente opuestas, tanto en el físico como en el carácter, y por ello quizás congeniaran desde el principio.

Arantza era pequeña y morena, y podía decirse que era la más atractiva de las dos. Como ya se ha avanzado, era guipuzcoana de pura cepa, lo que se advertía en el corte desigual de su melena, que parecía haberse practicado a hachazos y en la vestimenta que le gustaba exhibir, propia de esos aborígenes del Gohierri guipuzcoano que uno podía encontrarse visitando Ikea un sábado por la tarde, cuando no era temporada de sidrerías. Pero, a pesar de su aspecto, profesaba un odio feroz a la izquierda abertzale, un odio sólo posible entre hermanos de los mismos padres. Itziar había llegado a saber que en su juventud fue batasuna, pero un oscuro suceso al que nunca se refería torció su esperanzador futuro en la guerra de guerrillas, empujándola a

abandonar sus queridas montañas y a estudiar Económicas en Sarriko. Con la carrera acabada, ingresó en la Ertzaintza en la misma promoción que Itziar, de la que se hizo amiga inseparable.

Itziar pertenecía a otra clase de guipuzcoana, de un tipo más minoritario, pues su hábitat estaba circunscrito a ciertos barrios selectos de Zarauz, de Hondarribia y de San Sebastián. No era fea, pero su rostro no tenía la gracia del de su colega. Bastante más alta, de melena corta de color castaño, vestía como una auténtica pija donostiarra aficionada a recorrer las boutiques de su ciudad. Había estudiado Derecho en Deusto y era muy aficionada a las cosas culturales, afición transmitida por su padre, que seguía sin comprender del todo cómo había terminado ingresando en la Policía.

Aunque en el trabajo eran uña y carne, “dos *guipuchis* contra el mundo”, Itziar prefería vivir en Bilbao, en la zona de Indautxu, mientras que Arantza, no se sabía por qué extraña razón, había elegido como lugar de residencia un piso en el centro de Sestao, donde campaba a sus anchas, a pesar de que hasta que abandonó sus queridas montañas, no había conocido urbes mayores que Asteasu.

Acabada la jornada, Arantza acercó a su compañera al centro de Bilbao y se despidieron hasta el día siguiente. Itziar aprovechó que no era tarde para nadar en la piscina de la Alhóndiga y luego, tras una cena fría no muy abundante, se entretuvo leyendo unas páginas de la trilogía de

Mariás “*Tu rostro mañana*”, que le estaba entusiasmando, hasta que sintió que los ojos se le cerraban y optó por acostarse. No era muy aficionada a la televisión, pero sobre todo no entendía el apego de Arantza por las maquinitas en general y por los video-juegos en particular.

A las ocho de la mañana del día siguiente Itziar se encontraba en la cocina de su casa comiendo una tostada de mantequilla con mermelada de naranja, cuando sonó el móvil y vio que la llamada provenía de la Central.

—¿Sí?

—Itziar, soy Begoña, ha aparecido el cadáver de una mujer en el parque de Artaza. El jefe dice que vayas. Ya me encargo de llamar a Arantza. Allá te informarán de todo.

—Voy ahora mismo.

Fue una suerte que estuviera terminando de desayunar y que ya se hubiera duchado. Bajó rápidamente al parking de la Alhóndiga y condujo su coche, un Audi A-3 blanco por las calles de Bilbao en dirección a la salida para la autopista. No era muy aficionada a conducir, por lo que casi siempre lo hacía Arantza, pero ahora tenía prisa, por lo que prefirió acercarse en su coche para que su compañera no tuviera que desviarse en su camino desde Sestao. Con la prisas salió sin paraguas, aunque bien abrigada con un chubasquero blanco con forro polar y capucha.

No había mucho tráfico en dirección a Lejona. En cambio, la autopista estaba colapsada en la entrada a Bilbao y la cola de coches, con las luces encendidas, unos pegados a otros, se extendía hasta el puente de Rontegui y amenazaba con llegar hasta Getxo. Por eso se desvió por el lateral de la derecha, a la altura de Lejona y salió por debajo de la autopista hasta llegar al parque de Artaza, que se elevaba en una loma que separaba Lejona de Getxo. Llovía con fuerza y la zona estaba llena de vehículos de la Ertzaintza y ambulancias con las luces de emergencia parpadeando. Aunque ya había amanecido, el día era muy oscuro y no se veían más que agentes de policía, bomberos y sanitarios. La lluvia y el frío habían despejado la escena del crimen de los habituales curiosos. Remontó la cuesta que llevaba al Palacio de Artaza, que se erguía a la derecha y observó que la zona acordonada se localizaba a la izquierda del paseo flanqueado por dos hileras de árboles idénticos, de los que Itziar desconocía el nombre. La ladera de hierba estaba cubierta de hojas totalmente mojadas. Llegó el otoño, pensó Itziar.

Un corro de personas rodeaba el cadáver de una rubia sentada rígidamente en una especie de trono de madera, completamente desnuda. La muerta tenía los ojos abiertos y parecía mirar al infinito. El rostro, azotado por la lluvia, se mostraba relajado, pero en el cuello eran patentes unos moratones. El resto del cuerpo no parecía presentar señales de violencia.

Arantza, que se encontraba contemplando el cadáver, se aproximó a Itziar cuando se percató de su llegada:

–Aupa Itzi. Bonita manera de empezar el día.

–Hola Arantza. ¿Qué habéis visto hasta ahora?

–De momento, poca cosa. No hay ropa ni documentación que nos de alguna pista sobre su identidad. No se observan heridas y los moratones del cuello nos indican que murió estrangulada. El forense cree que la mataron en otro lugar y la trajeron hasta aquí para sentarla en esa especie de trono. Posiblemente dos hombres cargaran con ella.

–¿Se sabe la hora de la muerte?

–Según el forense, tiene ya rigor mortis, por lo que han transcurrido unas horas, pero no se atreve a concretar más hasta después de la autopsia.

Itziar observó que la rubia no parecía española. Ojos azules y pómulos altos, la piel extremadamente blanca y el color del cabello, que bajaba en una preciosa melena, parecía natural. Le recordó en su aspecto a las tenistas rusas y su cuerpo desnudo revelaba unas proporciones perfectas.

–Un pibón, jefa –dijo Iñigo, uno de los ertzainas presentes–. ¿Quién habrá sido el cabrón?

A Itziar le llamó la atención el asiento en el que habían colocado el cadáver. Era una especie de silla construida con el tocón de un árbol. El respaldo estaba formado por la madera del tronco. Alguien lo había tallado aprovechando el momento en que se había cortado el árbol. El trono estaba orientado hacia abajo y el cadáver

parecía mirar a los presentes con la actitud que una reina adoptaría ante sus súbditos.

De pronto se percató de que no era el único asiento con esas características. Por encima se veían otros dos orientados en el mismo sentido. Algo más distante había uno más mirando hacia arriba, hacia la cima de la ladera. Semejaban tronos contruidos para monarcas prehistóricos.

—No sé, parece un crimen ritual —dijo Jon, otro de los agentes desplazados—, el asesino quiere contarnos algo.

La abundancia de series y películas en los últimos años habían predispuesto a todo el mundo para esperar la presencia de asesinos en serie, así como de crímenes rituales casi en cualquier muerte por homicidio, aunque en esta ocasión Itziar pensó que se daban elementos suficientes como para no descartar ese tipo de hipótesis. Este pensamiento le provocó una sensación de desaliento, de que no estaban más que al principio de algo, y de que iban a asistir al espectáculo de más muertes similares. Desechó con esfuerzo la idea, e intentó concentrarse en las pruebas.

—Íñigo, ¿qué han encontrado los de la científica? —preguntó Itziar.

—La cosa estaba complicada con tanta agua, pero han conseguido señalar un posible rastro. Casi con seguridad puede decirse que hasta ahí —señaló un punto en la carretera de subida— llegaron en algún tipo de furgoneta y después trasladaron el cadáver hasta depositarlo en aquel montón de hojas.

Itziar se acercó hasta donde señalaba Iñigo y vio con claridad que las hojas estaban muy aplastadas.

—Posiblemente hasta aquí la llevaran en brazos, pues no hay más que huellas de pisadas. Pero luego, hasta el asiento, fue arrastrada por encima de la hierba. ¿No os parece? —observó Itziar.

—De eso estábamos hablando —dijo Arantza—, en cuanto estos dejaron de dar el coñazo con el partido del Athletic. Caben varias posibilidades. Lo más probable es que la llevaran entre dos hasta el montón de hojas y luego la arrastrara uno solo. Pero también cabe en lo posible que la transportara uno solo y luego, cansado por el esfuerzo, tuviera que arrastrarla. Habrá que esperar a ver cuántas clases de pisadas distintas aíslan los de rastros. Hemos tenido suerte con este tiempo de perros, aunque al forense le joda lo suyo.

Itziar observó que en ese momento llegaban el juez de Instrucción y el secretario judicial y se presentó a los mismos. La Policía científica continuó fotografiando todo lo que pudiera ser relevante.

Itziar consideró que ya había visto lo suficiente y se concentró en los alrededores. No existían prácticamente edificios en el entorno. Hacia un lado estaba el Palacio de Artaza. Ignoraba si por las noches lo habitaba alguien. El Palacio se utilizaba para exposiciones y era sabido que el rey había dormido allí en alguna de sus visitas a Bilbao. Fuera del parque, al otro lado de la carretera, se situaba el edificio

de bomberos y también destacaban tres o cuatro caseríos en la lejanía. Dudaba de que alguien hubiese presenciado los hechos, pero había que intentarlo.

—Íñigo, Jon, os encargáis de preguntar en aquellas casas por si hubiera algún testigo. También preguntad en el edificio de bomberos. Arantza y yo nos acercaremos al Ayuntamiento y a la Policía Local para informarnos por el Palacio. Nos vemos luego en la Central.

Estos momentos de la investigación solían ser cruciales para encontrar alguna pista, pero Itziar no era muy optimista en este caso. El hecho de que el crimen no se hubiera cometido en el parque y de que el traslado del cadáver se hubiese efectuado de noche en una zona tan despoblada y en un día tan desapacible, no le hacía concebir esperanzas de encontrar testigos oculares. Deberían esperar a la autopsia y a las conclusiones de la Policía científica para poder avanzar con más seguridad. Por de pronto, no conocían ni la identidad de la víctima, pues había sido hallada desnuda y no se encontró rastro de su ropa ni de sus documentos personales en las proximidades, según les comentaron los agentes. Un empleado del Ayuntamiento de Lejona que se ocupaba de labores de limpieza era quien había descubierto el cuerpo. Normalmente no solía aparecer por allí tan temprano, pero estaban adecentando el parque y el Palacio para las bodas que se celebraban a principio de mes. Por otro lado, el mal tiempo había impedido salir a los habituales paseantes con sus perros; esto

fue una suerte porque así el escenario se había conservado virgen de contaminaciones.

Las dos guipuzcoanas regresaron a la Central, tras indagar en el Ayuntamiento sin ningún resultado. Se acercaron a informar al jefe, pero éste estaba reunido.

En la oficina, la conversación entre los agentes versaba sobre el partido de la noche pasada.

–No fue gran cosa y hacía un frío de cojones, pero me alegro de haber estado allí.

–Sí, lo mejor el resultado. Con este dos a cero casi hemos llegado a octavos. Pero aún más importante es que Jon Ander haya acertado en sus previsiones.

–Joder, no era difícil. Meterle dos goles al Recre era lo menos que podíamos hacer. Es un resultado bastante lógico ¿no?

–Bueno, pero de momento el guión se cumple. Ya me veo en la final.

–¿Es lo único que os preocupa? –Intervino Arantza–. ¿Para eso sois policías?

–Oye tía, no te pases, que aquí todos cumplimos, pero cuando descansamos hablamos de cualquier cosa menos de fiambres.

–De cualquier cosa no, siempre del Athletic.

–¿No querrás que hablemos de la Real? No somos tan sádicos.

–Como si nos importara.

–Ese es tu principal defecto, la falta de lealtad.

—Será más bien la falta de afición. ¿No te parece? No veo nada positivo en tener lealtad hacia unos tíos en calzoncillos de colores que dan patadas a un balón y cobran la hostia por ello. El mundo está lleno de tíos cortitos.

—Oye, que cada vez hay más tías en el fútbol.

—Será algo sexual, porque si no, no me lo explico.

Itziar desconectó de la conversación, que a veces podía ser muy agria, pues Arantza era incansable en las discusiones y aquellos tíos también, cuando estaba en juego su honor futbolero. Pero no eran malos profesionales y sabía que podía contar con ellos cuando se les necesitara. Xabier regresó de la reunión y justo entonces entraban Iñigo y Jon, por lo que se convocó una reunión en la sala grande, a la que asistieron los cuatro agentes, y el jefe. También aparecieron Amaia y Antxe, de la científica.

Iñigo Clemente y Jon Sarabia, los dos agentes asignados de forma permanente a este caso, eran primos, pero no podían ser más diferentes. Jon era alto y fuerte, de carácter apacible. Tendría unos cuarenta años y era padre de dos chicos. Iñigo era delgado y bajito y siempre estaba de broma; sería diez años más joven que su primo. El primero transmitía solidez y confianza y el segundo, en cambio, viveza y picardía. A pesar de sus apellidos, la relación entre ellos era muy buena y en relación al Athletic mantenían los mismos puntos de vista. Eran partidarios del juego esforzado y de la épica y no les gustaban los estilistas como Yeste, que jamás entregaban el alma. Y, por descontado,

estaba prohibido hablar delante de ellos de la posibilidad de contratar extranjeros.

Amaia y Antxe Elorza eran también primas y eran asimismo antagónicas, aunque congeniaban en lo fundamental. La rubia Amaia era tranquila, aunque tenía muy mala leche si alguien la importunaba. Este papel casi siempre lo interpretaba su prima Antxe, morena y nerviosa.

Los cuatro, en opinión de Itziar, eran excelentes en su trabajo, lo que podía ser decisivo en esta investigación que se iniciaba, y que la guipuzcoana preveía llena de contratiempos y dificultades.

—Bueno ¿Qué tenemos de momento? —El jefe siempre iba al grano.

Itziar comenzó informando a Xabier de todos los detalles. Describió con minuciosidad la ladera del parque donde se encontraban los cuatro tronos contruidos con troncos de árboles. Explicó que, según les habían informado en el ayuntamiento, hacía unos años se abatieron unos árboles que estaban muy deteriorados por el embate del viento y resultaban peligrosos, y a algún funcionario con ínfulas de artista se le había ocurrido la idea de los tronos

Iñigo y Jon se habían dirigido al guardia de seguridad del Palacio de Artaza, quien les aseguró que no había oído nada. Había sido una noche lluviosa y con mucho viento, lo que habría amortiguado cualquier ruido. Las cámaras tampoco mostraron imágenes de interés, pues estaban dispuestas en puntos distantes de la ladera en la que se había

encontrado el cuerpo. Jon añadió que los bomberos tampoco se habían enterado de nada. Siguieron el partido del Athletic por la televisión y luego habían dormido tranquilamente, pues no se recibió ningún aviso de emergencia en toda la noche.

—Los municipales fueron los primeros en llegar, pero cuando vieron lo que había nos llamaron a nosotros y allí fuimos para acordonar la zona y preservar las pruebas —continuó Iñigo—. En ese momento, un poco antes de las ocho, llovía con ganas y no encontramos a ningún peatón por la zona. Luego llegaron los de la científica y después Arantza e Itziar.

—¿Qué habéis sacado en claro de las casas de enfrente?
—preguntó Arantza.

—De las primeras nada, pero en la más alejada nos recibió una vieja parálitica que casi no duerme y nos dijo que a las siete, más o menos, un tío bajó corriendo y se fue hacia la Avanzada. No le vio coger ningún vehículo. En ese momento no llovía, pero le pareció sospechoso. Lo siguiente fue la llegada de la policía y de los bomberos. Antes de esa hora no observó nada, pues parece que también duerme un ratito por la noche. La chica que la cuida la puso ante la ventana a las seis de la mañana.

—¿Es fiable ese testimonio?

—La vieja es algo rara, pero sólo vive para mirar por la ventana y parece que tiene buena vista y buena cabeza también. ¡Ah! También nos dijo que el sospechoso era bastante

joven, de no más de treinta años. Llevaba una especie de palos en las manos, que no parecían pesar mucho.

—De todas formas algo no concuerda —dijo Itziar—. Esa persona no pudo llevar el cadáver a hombros desde la Avanzada. El asesino o los asesinos llegarían en una furgoneta, casi con toda seguridad. Puede que ese tío sea un testigo. Tenemos que ver la forma de encontrarlo.

—O puede que fuera uno de los asesinos que volvió desde la Avanzada porque se les había olvidado algo —dijo Arantza—. Recuerda que llevaba unos palos cuando bajaba.

—Es posible.

—Hipótesis de trabajo —dijo el jefe, siempre tan sucinto.

—No sé, de momento todas las vías están abiertas —contestó Itziar—. Puede tratarse de un asesinato ritual, como sugiere la puesta en escena. O puede que sea una escena prefabricada y los asesinos sean unos profesionales. Debemos esperar a lo que nos digan los científicos para concretar algo más. Y a ver si nos dan algo para identificar a la víctima.

—Respecto a eso —comentó Amaia—, creo que te decepcionaremos. Las puntas de los dedos han sido sumergidas en un ácido potente. No tendremos ni huellas dactilares ni restos bajo las uñas.

—Eso parece trabajo de profesionales. Puede que la víctima estuviese fichada y así retrasan su identificación. O puede que arañara al estrangulador y así evitan que consigamos su ADN —dijo Itziar.

–Mañana hablaremos con un conocido que tiene una especie de burdel especializado en sadomaso –dijo Arantza.

–¿Cómo se llama el antro?

–“El Sirimiri Dorado”.

–No me jodas. –A Iñigo se le escapó una sonrisita irónica.

Arantza siempre andaba con gente rara, pensó Itziar. No sabía cómo los conocía, pero a ella siempre la sorprendían esas amistades.

–Lo dirige un descerebrado euskaldun, Gorka.

–No queremos saber por qué lo conoces –bromeó el jefe–. Oye, ¿nos consigues un descuento?

–Vale ya, tíos.

–Mañana conciertas una cita y empezamos la ronda –dijo Itziar.

–Bueno, se levanta la reunión. La próxima cuando haya algún resultado concreto, cuando tengamos los informes de la autopsia y los de la científica.

–Lo más importante que tendremos nosotros será el estudio de pisadas –dijo Antxe.

–A ver si hay suerte.

Las dos guipuzcoanas quedaron con Gorka en Las Torres para tomar un blanco a la una del mediodía.

–Todavía no ha llegado –dijo Arantza tras echar un vistazo–. A Gorka le cuesta madrugar.

La barra del bar estaba llena de gente, pero encontraron una mesa para cuatro personas junto a la ventana.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Itziar.

—Gorka es de Andoain. Vino a estudiar a Sarriko, pero nunca conseguía levantarse para ir a clase. Empezó con un video club en San Francisco, pero sólo vendía películas guarras y acabó montando un sex-shop. Le gustó la cosa. Ya cuando era estudiante iba mucho a puticlubs. Decía que era para documentarse. Quería hacerse escritor. Que yo sepa no ha escrito nada, pero polvos ha echado unos cuantos.

—Y eso del “sirimiri dorado” ¿de qué va?

—Es una especie de club sadomaso, un poco cutre. Como conocía a muchos tíos y tías raros no le resultó difícil conseguir clientela. Iba de intelectual rompedor, que leía a Sade y a no sé cuántos escritores franceses más, pero ha acabado casi de macarra.

En ese momento un tío con la cabeza rapada y pendientes de bucanero saludó a Arantza y se acercó a su mesa.

—Aupa Gorka.

—Aupa tía ¿qué pasa? ¿Por fin te has decidido? No te arrepentirás.

—No me jodas Gorka. Esta es Itziar. Queremos hablar contigo y por una vez aparca tus bromas cutres.

—Vale, vale. ¿De qué va la cosa?

—Te vamos a enseñar la foto de una chica y queremos que nos orientes.